

**— ROBERTO —
MADRAZO**

MÉXICO, LA HISTORIA INTERMINABLE

**¿CÓMO LIBERARNOS DE
UNA CULTURA POLÍTICA
ATRAPADA EN EL PASADO?**

© 2021, Roberto Madrazo

Diagramación: Myriam Enciso F.

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2021

ISBN: 978-607-07-7541-3

Primera edición impresa en México: marzo de 2021

ISBN: 978-607-07-7552-9

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Índice

Introducción.	11
Capítulo 1: México o la historia interminable	15
<i>Lo más parecido al nido de la serpiente</i>	
Capítulo 2: La rueda fatal donde México muere	37
<i>La historia del tren que nunca llega</i>	
Capítulo 3: ¿Por qué todo se nos pudre?	55
<i>Escombros por doquier</i>	
Capítulo 4: El maleficio del odio y la venganza	67
<i>¿Terminará un día?</i>	
Capítulo 5: Populismo de ayer y de hoy	83
<i>Lo que pudo haber sido y no fue</i>	
Capítulo 6: ¿Cómo salir de la trampa?	115
<i>Una mirada hacia el futuro</i>	
Capítulo 7: Desafíos de una nueva era	159
<i>Democracia, instituciones, legalidad</i>	
Reflexiones finales	177

ANEXOS

Anexo 1: Cartera de Economía 2020	189
Anexo 2: Índice de la tendencia laboral de la pobreza y la pobreza laboral.	205
Anexo 3: México en el informe anual del FMI.	229
Anexo 4: 2019-2020: Capitulación anunciada	231
Anexo 5: 2019-2020: Los años más violentos en la historia de México.	235

México o la historia interminable

Lo más parecido al nido de la serpiente

D ICEN QUIENES saben que la idea del eterno retorno es misteriosa. Ha de ser, porque cuesta trabajo concebirla racionalmente. Yo me asomé a esa idea de modo fortuito, leyendo una novela mientras viajaba con mi esposa. Era una linda historia de amor que observa en el eterno retorno una carga pesada, una pesada responsabilidad. Curiosamente, mientras más avanzaba la lectura yo pensaba en México, donde el eterno retorno al parecer funciona al revés, esto es, como una demoledora ausencia de responsabilidad.

Debo reconocer, como tributo inolvidable, que el placer de la lectura nació en mí a instancias directas e indirectas de mi padre. Él era un lector infatigable, disponía de una biblioteca cautivadora. Supongo que verlo leer como yo lo veía alentó en mí seguirlo en ese sentido.

En fin, cuando llegué a las páginas finales, México volvió a mi mente. Leía que si Karenin, en lugar de ser un perro, hubiera sido un hombre, seguro le hubiera dicho a Teresa, su ama: «Haz el favor, estoy aburrido de llevar todos los días el

periódico en la boca, de hacer lo mismo. ¿No puedes inventar algo nuevo?». En esa frase —dice el narrador— está encerrada una condena sobre el hombre. Una condena a raíz de que la vida humana sigue una línea recta, siempre hacia adelante, sin retorno. Por tal motivo no puede ser feliz, porque la felicidad está en la repetición, en el eterno retorno. ¿Será por eso que México no avanza o no quiere avanzar? ¿Será que buscamos la felicidad en el deseo de repetir, de hacer una y otra vez lo mismo? ¿Así, de plano, nos hemos equivocado?

De esto platiqué dos o tres veces con un par de amigos historiadores. Uno de ellos no aguantó la risa y me dijo que no era la felicidad lo que buscábamos los mexicanos regresando al pasado; más bien, no progresamos, porque, eso sí, el pasado nos pesa como una losa: hablamos de futuro, pero mirando el pasado. Recuerdo que mi amigo me habló de Octavio Paz y *El laberinto de la soledad* (que mi padre leía casi como libro de consulta); ya en esas, el historiador me dijo que entre los mexicanos los muertos del pasado resucitan entre los vivos del presente.

Pensé en los presidentes, a los cuales vemos, y ellos mismos lo hacen, como el antiguo *Tlatoani*. Somos un país de símbolos, de mitos y de ritos. Un país de regresos eternos. México es mágico, decimos a menudo. Y eso es cierto. ¿Qué querría decir mágico en este contexto? Mágica es quizá la idea que ve en el presidente la antigua figura del tlatoani, el que manda; y hasta puede creerse que cuanto hace el presidente ya lo hizo cualquiera de los tlatoanis en otro tiempo. Por tanto, su vida sería una repetición... México es mágico.

Hoy se dice que el presidente López Obrador maneja como pocos los símbolos. Es cierto, y a la vez es inquietante. Porque se le resta importancia a la realidad presente si se le observa en función de una repetición del pasado. Un tiempo ya ido, al que se considera grandioso, digno de ser repetido. En ese sentido llama la atención el emblema oficial de la 4T: un mosaico de figuras del pasado, con un hueco a ser llenado por su par, el actual presidente. Tal vez él mismo no se reconoce como de este tiempo, en tanto se ve o se asume como imitación o repetición de una figura simbólica, preciada, llena de valor.

No debe extrañarnos la trama cíclica que nos define. Somos una nación con un pasado envidiable, sin duda. Una rica civilización cuyos vestigios pugnan todo el tiempo por salir a la superficie. Y lo hacen. Basta hundir la mano donde se quiera para toparnos con el latido eterno de su vitalidad. Hay en verdad un museo enterrado a lo largo y ancho de nuestra geografía. Como se ha dicho, es el México profundo, son las hebras de un enorme tejido de culturas. Digo enterrado y, sin embargo, esos hilos caminan por los senderos, por las calles, se dejan sentir en nuestra vida cotidiana, igual en un mercado sobre ruedas que en un moderno supermercado, en el campo y en la ciudad, en el habla de la gente, en nuestros guiños y gestos de cada día. Difícil negar su presencia. Pero ¿quién querría negarla? México es una nación pluricultural, entronque de civilizaciones y de culturas, mezcla —como toda cultura y toda civilización—; mezcla de lo occidental y lo mesoamericano, así dicen los antropólogos. Una mezcla *sui*

générís: en disputa a lo largo de cinco siglos. Parece increíble. Pues esa disputa, también eterna, se deja ver igual en un mercado sobre ruedas que en un moderno supermercado. Y ahora también en la mente del presidente López Obrador.

Creo que nuestra trama cíclica encuentra su explicación, al menos en parte, en esta conflictiva relación, una historia de confrontaciones y resistencias entre un polo de poder y colonización occidental y otro de sujeción y descolonización mesoamericana. Una tensión histórica, sin duda, en tanto la polarización no cesa.

Recuerdo que en los años ochenta del pasado siglo la cuestión se puso al rojo vivo, sobre todo después del país en ruinas que dejó el populismo de los setenta. Con todo y riqueza petrolera, y los precios a tope, más el yacimiento Cantarell, México quedó quebrado. Sacarlo adelante hizo necesaria una jugada audaz, yo diría valiente en los términos de una decidida apertura al mundo. Fue cuando arreciaron las descalificaciones, las adjetivaciones, la ideología redentora de un nacionalismo a ultranza por encima de todo, permeando el debate en torno al eje disyuntivo de siempre: lo interno o lo externo; lo nuestro o lo extranjero. Lo autóctono como expresión única de lo auténtico. No fue fácil mirar más allá, ya que se argumentaba en contra —y parecía justo y popular— que la única salida posible, se decía casi sin asomo de duda, consiste en sacar del México profundo la voluntad histórica para emprender nuestro propio proyecto civilizatorio.

Cabe recordar que en ese entonces el mundo entero se encontraba a las puertas de un cambio enorme de paradigmas

en materia de civilización, cultura y tecnologías. Digo *cambio de paradigmas* en alusión a que cambiaba, de forma por lo demás irrefrenable, la cancha de juego para la competitividad y la sobrevivencia de todas las naciones del orbe. Sin embargo, desde acá se proponía «fundar una nueva esperanza» a partir de las bases de civilización y cultura de nuestros ancestros mesoamericanos. Uno de los planteamientos radicales en ese sentido decía así: «Si no se cuenta con la herencia del México profundo no hay solución que valga». ¿Por qué? Porque hasta aquí —se dijo— se ha tratado de construir un México ajeno a la realidad de México. Desde luego se reconocía el hecho de que «México cuenta con científicos y técnicos, artistas, investigadores, intelectuales, dotados de conocimientos y habilidades occidentales... El problema está en si la sociedad mexicana tiene la capacidad para apropiarse realmente de esos recursos y ponerlos al servicio de sus intereses auténticos... si somos capaces de emplear conocimientos y técnicas de la civilización occidental sin que su empleo conlleve la adopción del proyecto civilizatorio de Occidente, que niega nuestra realidad profunda».

Esto se argumentaba a finales de los ochenta, cuando el país buscaba salir de lo que habían dejado el derroche y la destrucción populista: «México cuenta con un vasto arsenal de pueblos, elementos culturales propios y recursos para ser un país mejor. Estos son los ladrillos para construir el nuevo hogar de los mexicanos. Son los únicos realmente nuestros, pero son suficientes... Solo faltan los planos». Cuando todas las sociedades y culturas del planeta buscaban una configuración

global más allá de los nacionalismos territoriales para generar riqueza, acá hubo quienes proponían cerrarnos y encerrarnos aún más. Cuando miles de millones buscaban articular una mirada de futuro, acá hubo voces radicales que propusieron darnos media vuelta y caminar en sentido contrario, con los ojos puestos en el pasado. En el pasado ancestral. Recuerdo que se dijo: tenemos todo, tenemos historia y cultura, una vieja civilización que nos respalda. Lo recuerdo bien, porque la frase terminó así: «Nada más faltan los planos».

Ahora mismo, entrados ya en el siglo XXI, y en medio de una enorme crisis sanitaria que ha paralizado el mundo, por el covid-19, el nuevo Gobierno de López Obrador insiste con la versión actual del regreso al pasado: la mejor política exterior es la interior. Insiste en tapar el sol con el dedo de la ideología; insiste en una Cuarta Transformación anclada en los setenta... a la que nada más ¡le faltan los planos! Es la historia interminable.

A pesar de todo, México se abrió en los ochenta y entró con éxito en el mundo global, solo que hoy, al inicio de la tercera década del siglo XXI, la aspiración del presidente López Obrador es cerrarnos de nuevo, y apelar a «lo nuestro», despreciando a lo largo y ancho de la república la ciencia y el conocimiento, a nuestros artistas, a nuestros intelectuales, maestros y escritores, cerrando programas y proyectos de investigación... Una vez más con la mira puesta en el pasado remoto. Desde luego esto no es como abrir y cerrar una puerta. No es tan simple. Más bien es grave, y mortal para millones de mexicanos, pues entre las diversas formas de morir que

puede caer sobre un ser humano nada es más triste, criminal y salvaje que morir en vida privado de futuro. Apúntense aquí primero a los pobres.

Así que no es tan simple como abrir y cerrar una puerta. Porque para abrir la puerta del mundo de alta competencia México tuvo que dar un enorme salto con reformas estructurales en todos los terrenos. En el terreno institucional ni se diga, ya que la imagen y la realidad del México de la «dictadura perfecta» debía quedar atrás. Debía quedar superada para generar confianza, ese activo social sin el cual ninguna nación de nuestro tiempo puede sobrevivir con dignidad. Por eso se fueron creando organismos autónomos con una buena dosis de participación ciudadana a fin de generar confianza y credibilidad, buscando alejarnos cuanto fuera necesario de la voluntad de un solo hombre en el poder. Ahora bien, tampoco es tan simple cerrar esa puerta abierta que nos puso en el mundo desde los ochenta, ya que para hacerlo hoy el nuevo gobierno de la Cuarta Transformación comenzó por derogar todo lo avanzado en términos de reformas y contrapesos institucionales a la «dictadura perfecta», al país de un solo hombre y una sola voluntad. Todo lo que México ha crecido en materia de ciencias, conocimientos y tecnologías.

No. No ha cesado la disputa cultural y la polarización. A tal grado persiste, que el Gobierno del presidente López Obrador prácticamente inició su mandato republicano colocando en el centro justamente la polarización cultural. No fue otra cosa su ungimiento por ciertas comunidades indígenas en la Plaza de la Constitución de la Ciudad de México,

seguida de un despropósito increíble: una carta al rey de España Felipe VI exigiéndole realizar en el 2021 una ceremonia conjunta al más alto nivel, en la cual el Reino de España debía expresar de manera pública y oficial disculpas y reconocimiento de los agravios causados por la Conquista hace... 500 años. Hoy, en estos días de octubre del 2020, ha vuelto una vez más al punto. Con un añadido aún más absurdo: recuperar el penacho de Moctezuma y la «limpia» que el Presidente y su esposa llevaron a cabo en Palacio Nacional con motivo de Día de Muertos.

Hay en esta historia no solo ceguera política y social, hay un resentimiento profundo. A la postre dañino. Tanto que a quienes más daño ha causado y causa es a las comunidades herederas de las culturas originarias, comunidades que han resultado víctimas, cuando menos, de una doble circunstancia. De su explicable resistencia en defensa propia, que las ha mantenido aferradas con razón legítima a sus tradiciones y costumbres, y del precio ante su marginación del progreso, fenómeno este, el progreso, cuya fuerza no reconoce ni respeta fronteras culturales, tradiciones, costumbres, valores.

Desde tiempos remotos los pueblos, de cualquier signo cultural y donde quiera que se hayan asentado, sobreviven por sus intercambios con la naturaleza, pero, además, a base de mezclarse unos con otros, al precio de guerras de conquistas donde sucumben personas como tradiciones, costumbres y lenguas, dando origen a otras tantas identidades que en la historia han sido. Al respecto, alguna vez leí en uno de los libros del maestro Jesús Silva Herzog sobre la Revolución

mexicana una cita del poeta Paul Valery: «Las civilizaciones también son mortales». Una gran verdad. Lo fueron los griegos a manos de los romanos, de cuya mezcla emergió la cuna de la civilización que todavía domina en Occidente, la gran civilización y cultura grecolatina.

Con todo, esta misma y colosal civilización occidental moderna experimenta hoy lo más parecido a una mutación —más que una crisis o un mero cambio progresivo—, una mutación en el orden de la mente de los humanos con la irrupción de la nueva civilización digital, cuyos desafíos apenas comenzamos a vislumbrar. ¿Vamos a darle la espalda a esta realidad palpitante en el cerebro de miles de millones, de nuestros niños en las escuelas y en los hogares, la industria, los servicios de salud? ¿Vamos a cancelar todos los proyectos de investigación científica y tecnológica, particularmente los de biotecnología, con ser que entramos precisamente en lo que notables hombres de ciencia denominan «siglo de la biotecnología»?

Por cierto, no será tampoco simple, mucho menos será fácil afrontar los desafíos de la nueva civilización digital ya en marcha, que aun afrontándolos dejará en el camino millones de vidas quebradas; más todavía si México, en lugar de ir en busca del conocimiento, emprende la retirada y entrega la plaza y su gente, refugiado él en posiciones ideológicas cuyo fracaso se medirá —se mide desde ahora— en vidas desperdiciadas. El Gobierno de López Obrador tiene en esto una responsabilidad ineludible. Pero si se empeña en hacerlo, tal irresponsabilidad, más temprano que tarde, lo hará

responsable de un crimen de lesa humanidad. Debe entender, y debe entender pronto, que la revolución digital en marcha acrecentará la producción de lo que importantes sociólogos como Zigmunt Bauman llaman desde ahora «residuos humanos», poblaciones «superfluas» de emigrantes y demás parias, como consecuencia inevitable del mundo nuevo que está emergiendo a nuestros pies.

Lejos entonces de hallar la solución en el encierro y la cerrazón bipolar, el Gobierno de López Obrador debe entender —comprender antes que huir y juzgar— que los problemas que enfrenta México tienen su origen en la esfera global, y que es allí, en el ámbito de la globalidad, donde puede y debe articular soluciones viables y eficaces para nuestro «desdichado pueblo», como solía decir don Gastón García Cantú. Debe entender que el Gobierno, divorciado del ámbito global, se corta las manos, pues con ello carece absolutamente de capacidad para trazar un nuevo rumbo para la nación. Al contrario, tal divorcio no hace y no hará más que socavar, como ya se advierte con claridad, su propia capacidad de acción, condenándolo a la inquietante parálisis que ha empezado a agobiarlo. Montado en la improvisación y el ingenio como herramienta de «gobierno» ha perdido tiempo precioso —lo pierde a diario confrontando y polarizando—, una pérdida crucial cuando se ha hecho evidente que el «proyecto» con el que ganó la elección del 2018, en el que creyeron millones de mexicanos, carece de los planos para su edificación. He leído en estos días de reflexión a René Delgado, el inteligente analista del diario *Reforma*, donde advierte acerca

de la «turbación del juicio». Hay vértigo, dice, obsesión por avanzar a como dé lugar por la vía de los hechos, no de los derechos. Grave. Y muy preocupante.

Obviamente hay en el juego y rejuego entre la historia y el progreso evidencias claras de un registro de pérdidas. Sin duda. Lo interesante es que también se registran ganancias. Bien vista, la historia y el progreso no son otra cosa que un juego de gana-pierde, un juego donde ninguno pierde todo ni ninguno gana todo. El cambio tecnológico de referencia digital es un magnífico ejemplo, pues cada nueva adquisición echa abajo algo, sea una tradición, una costumbre, un modelo de acción o de pensar, o un apreciado valor. No leemos hoy un libro electrónico en la *tablet* sin perder el placer de sentir cada página en las manos. A cambio, ganamos tiempo y ubicuidad, justo cuando hoy se trata de «estar» en todas partes a la vez, para no perdernos una oportunidad. Pocos piensan en esto: cuando uno compra un libro electrónico, con esa decisión deja en el camino una cadena de personas que hasta ayer contaban con empleo en la librería. La revolución digital ha comenzado por lo pronto a eliminar las mediaciones existentes en la «vieja» civilización. Mediaciones son el cartero, el hombre o la mujer que nos cobra el libro en la librería o el café en la cafetería. Empleos, en una palabra. Genial la revolución digital. Mortal para millones que solo ven su lado entretenido. Fatal para aquellos líderes aquejados de ceguera histórica y política.

Todo lo anterior viene a cuento a propósito del debate acerca del proyecto de nación o modelo de desarrollo o proyecto

nacional que se daba en los años ochenta, cuando fue necesario sacar lo mejor de la imaginación política para darle a México prácticamente respiración boca a boca para recuperarlo y que asistiera al parto del nuevo mundo en marcha. Para entonces la esperanza comunista o socialista se hundía tras su incompetencia y totalitarismo con la caída del Muro de Berlín. El mundo se encontraba dando un giro descomunal.

Hablando de esperanza, ¿cuál era entonces la situación de la esperanza? La esperanza revolucionaria daba miedo. ¿Qué hacer? ¿Abrirnos, cerrarnos? Hoy, al cabo de casi tres décadas, sabemos que ante la avalancha del cambio no alcanzamos ni a meter las manos. El tsunami de una nueva civilización nos pasó por encima. El TLC fue una de las piezas hoy emblemática. Emergió de pronto como el centro de la disputa. Hoy hasta el presidente López Obrador, que en aquel tiempo se opuso tenazmente a la apertura, celebró a cuatro manos con el entonces presidente Donald Trump que se hubiera firmado. De hecho, sin el nuevo Tratado entre México, los Estados Unidos y Canadá (T-MEC) su Gobierno no tendría siquiera esperanza de ver una pronta recuperación económica y social tras la pandemia del covid-19. Una gran lección, ya que si México no hubiera entrado en la vorágine del cambio en los ochenta no hubiera logrado ser el país que logró remontar la ruina provocada por una visión estrecha del desarrollo anclada en el pasado y arruinado por el derroche populista de los setenta.

Nuestra historia es compleja. Tan compleja, que no hemos dejado de ser una trama cíclica, el país del eterno retorno, lo cual queda de manifiesto en esa rara especie que nos lleva

a las tajadas sexenales. Uno se siente tentado por la idea de que, a decir verdad, carecemos de historia. Tenemos cortes. Pedazos. Tal vez no solo eso, pues entre corte y corte sexenal México queda atrapado recurrentemente en un modelo singular y único de locura, que lo conduce a construir y deconstruir alternativamente, algo que se acrecentó con la llegada de la alternancia en el poder federal, pues agudizó la confrontación propia del modelo construcción-deconstrucción. Un presidente alcanza la victoria en las urnas y emprende un proyecto de gobierno y comienza por destruir cuanto hizo el anterior. Ninguna institución de la República logra escapar del maleficio y la destrucción. Ni el nombre de las mismas. Ni los programas. Nada. Cada nuevo presidente o cada nuevo Gobierno asume como dios y crea el mundo a partir de él, en tanto la sociedad observa, entre indiferente, temerosa y festiva el acto creador. A sabiendas, claro está, de que al cabo de seis años un nuevo dios bajará del Olimpo para acabar con todo y comenzar de nuevo. Y así... La historia interminable. Una historia que no es historia, sino la trama cíclica del eterno retorno. A México le urge que el presidente en turno deje de ser Dios.

Acaso no haya peor corrupción que esta, el caño por donde se va al desagüe la gran riqueza nacional hecha de sangre, sudor y lágrimas año tras año, una vida entera, lo mismo en el campo que en la ciudad, en la industria que en los centros universitarios, en un México gobernado desde la ausencia de planos, de continuidad histórica, o desde la ausencia de gobierno del presidente en turno, un presidente gobernado

más bien por sus emociones y pasiones, por sus rencores, prejuicios, obsesiones. El caso es que en México se gobierna desde una continuidad singular, la descalificación reiterada y el resentimiento; desde lo visceral sobre lo cerebral; desde lo coyuntural por encima de lo estructural. Ahora se suma algo más: se gobierna desde las «mañaneras», día a día, cada 24 horas. Gobernar es una tarea que se cumple o ejecuta al tanteo. Como dijo un día el actual presidente: «Gobernar en México no tiene ciencia». Resulta, sin embargo, indispensable pensar, interrogarse a sí mismo, cara a cara al término de cada jornada. Requiere discernimiento. ¡Qué palabra esta, discernimiento! Saber si algo es qué o qué. Y volver a las preguntas, una crucial del gobernante: ¿Por qué estoy haciendo lo que hago, por qué? ¿Qué me motiva en realidad? Se trata de un diálogo inusual que, en un gobernante, del que pende la vida de millones, es indispensable. El diálogo íntimo del presidente con el interlocutor cruel que debe y tiene que existir en él. Tiene que... Pues, si no lo tiene, debe convocarlo. Se trata de una pregunta que, ante el interlocutor insobornable, adquiere el significado de un acto de humildad, una admirable confesión de ignorancia, una señal de respeto hacia quienes, sin deberla ni temerla, cargarán las consecuencias.

Humildad sería lo que uno puede leer en los conocidos versos del *Llanto por Sánchez Mejías* de Federico García Lorca cuando dice: «Aquí quiero yo verlos... Delante de este cuerpo con las riendas quebradas. Yo quiero que me enseñen dónde está la salida para este capitán...». Sí, porque hay algo —a poco más de dos años de gobierno de López Obrador

—que cada día él mismo pone en evidencia—: por un lado, su indiscutible aptitud como activista opositor, capaz de convocar a millones a las urnas, y, por otra, su inocultable y crucial ineptitud como gobernante, capaz de ahuyentar incluso a los más lúcidos y honestos de sus colaboradores, entre ellos Carlos Urzúa (secretario de Hacienda y Crédito Público); Germán Martínez Cásares (director general del Instituto Mexicano del Seguro Social, IMSS), quien argumentó que «ahorrar y controlar en exceso el gasto en salud es inhumano... Ese control llega a escatimar los recursos para los más pobres»...; Javier Jiménez Espriú (secretario de Comunicaciones y Transportes); Asa Cristina Laurell (subsecretaria de la Secretaría de Salud); Jaime Cárdenas Gracia (director general del Instituto para Devolverle al Pueblo lo Robado, INDEP), y lo hizo con base en las corruptelas de los funcionarios que se robaban lo que se había devuelto; Víctor Manuel Toledo (secretario de Medio Ambiente)... y la lista sigue. Hablamos de un gran agitador social, de un eficaz opositor, y a la vez de un presidente cuya ineptitud le impide trazar un plan de gobierno con alguna dosis de congruencia entre lo que predica y lo que consigue. ¿Cómo superar esa dicotomía fatal para el país?

Eso, tan solo, hace la necesidad de las interrogantes de parte de quien gobierna un país tan diverso, tan complejo como México. Una nación con tantas necesidades. Las interrogantes a solas serían en este caso el núcleo de lo que sería en verdad la «honestidad valiente». Sin eso, lo demás no pasa de un autocomplaciente y triste juego de palabras. Demagogia. Por el contrario, la honestidad valiente del gobernante apela

a la subjetividad como conciencia reflexiva, en aras de saber y conocer por encima de su ego superlativo y de las potencias mágicas. Humilde, pues, ante el espejo para decirse: *con las riendas quebradas yo pido que me enseñen... que me enseñen dónde está la salida...* ¿No, capitán?

Ante la historia interminable, seguramente cada mexicano tiene su propio mirador, una atalaya permeada por su experiencia personal. Yo tengo también la mía, desde donde veo ahora, al cabo de los años, algunos episodios ligados a mi vida, entretejidos con las hebras de la obsesión del poder total o del poder como obsesión. Me detengo un instante en un doloroso episodio ante el cual, sin haber contado entonces con una cabal conciencia del mismo, tal vez por mi juventud y mi natural inmadurez de entonces, no logré aquilatar en todas sus dimensiones y repercusiones la magnitud del impacto, y la compleja trama que lo desató, hasta costarle la vida a mis padres en el avionazo del Cerro del Fraile en junio de 1969. Cuando redacto estas líneas, la memoria viene hasta mí junto con lo que me atrevo a llamar «historia interminable». Al fin y al cabo, el «accidente» que le puso fin a la vida de mis padres forma parte de la trama cíclica, la trama del eterno retorno, la repetición en este caso criminal de lo mismo. No haré, desde luego, un recuento de nombres ni de hechos. Me importa ahora poner el acento en las consecuencias fatales, pues implica no estar en absoluto dispuestos al cambio, dispuestos a aprender, a corregir, a pararse ante el espejo, de cara al interlocutor cruel que hay en uno, lleno de interrogantes en busca de mejorar, de una mejora continua

para bien de los demás y, obviamente, de sí mismo. En el caso que comento, no solo mis padres fueron las víctimas. Como se sabe fueron todos los pasajeros, entre ellos el gran tenista mexicano Rafael «Pelón» Osuna. Es la historia interminable lo más parecido al nido de la serpiente, la cuna de origen de una subcultura criminal en todos los sentidos, capaz de jugar con la vida familiar e individual de cada mexicano. ¿Por qué? ¡Porque puedo!

*

Desde esa verdadera locura de gobernar permeados por nuestras taras, que nos han costado tan caras, me vino a la mente la figura de Ulises, el legendario héroe de Ítaca, el amor de Penélope, y en este caso llegó a mí la venganza cruel de Ulises contra los pretendientes de su esposa y el control del poder y su riqueza. Por alguna razón que no sé imaginé que acaso en México padecemos el síndrome de Ulises, de aquel que sale de viaje y aventuras buscando conocer en sus andanzas el alma de la gente. Al final me pregunté qué aprendió Ulises después de tanto viajar, después de la destrucción y de los muertos de Troya gracias a su ingenio estratégico con el famoso caballo de madera. Me pareció fascinante advertir cómo una historia tan antigua puede ser leída desde tan diversos puntos de vista. Me preguntaba por el motivo que hizo llorar a Ulises. Porque, en efecto, como casi todos los guerreros de Homero, llora y emprende el regreso al punto de partida. Un regreso que no es otro que el tema de *Odisea*. Una «odisea» es

el regreso a Ítaca, el punto de partida, donde Ulises no logrará sofocar su sed de venganza contra los diversos pretendientes o aspirantes. Y el gran Ulises no perdona, planea la venganza y acaba con todos. Allí comenzará otra historia, o la misma historia, pues tras la muerte de sus adversarios, sus deudos buscarán a su vez vengar a sus difuntos... ¿Qué hay, pues, en el alma de la gente? ¿Cómo lidiar con los resentimientos, el orgullo herido, el afán de venganza? ¿A dónde conduce que no sea más destrucción y más muerte? Tanto andar por los mares aquellos, el Mediterráneo frente a lo que ahora es Sorrento, y al final, otra vez hacia el punto de partida. ¿Algo constructivo después de haber estrechado el alma de la gente?

«Odio» se oculta tras la sed insaciable de «venganza». En un libro memorable sobre la guerra de Vietnam en tiempos del presidente Richard Nixon en los Estados Unidos, un agudo analista comenta cómo al presidente Nixon lo desgastó hasta acabarlo el odio a sus enemigos, entendiendo por enemigo a cualquiera que cayera dentro de su campo visual o no concordara con él. Le gustaba exhibirlos y humillarlos. Al final acabó humillado y exhibido. Creo sinceramente que el presidente López Obrador —como sentenciara George de Santayana—, por ignorar la historia la está volviendo a vivir en carne propia.

Desde Ulises me hallé ante otra figura legendaria, don Quijote, el de la triste figura, que sale montado en un corcel de sueños para volver también al punto de partida montado en una pesadilla. Todos saben que el caballero andante salió a la calle con su mente medieval. Tal vez quería ver el río, o

detenerse junto a la orilla y mirar largamente, a sabiendas de que el fluir manso del agua tranquiliza y cura. Dicen que el río fluye de una edad a otra de la historia. Ya en la calle, de lleno en los caminos polvosos, el caballero andante que dejaba atrás la gloria encerrada en los antiguos palacios no logró reconocer el mundo real desde la montura de su corcel de sueños, confundiendo lastimosamente las aspas de la energía eólica con poderosos gigantes enemigos.

A simple vista parece una historia verdaderamente cómica. Pero no. Dulcinea no era lo que imaginaba. Ni la venta otro palacio. Se antoja increíble cómo lo aparentemente cómico guarda lo dramático; es el caso cuando en un lapso súbitamente breve el Quijote tuvo enfrente una locura todavía más grande que alteró por completo el escenario de su vida, aunque lo verdaderamente importante para él siguió siendo la huella mágica albergada en su alma, huella que nadie ya podría quitarle. Ni Sancho. Nadie.

Escribo estas líneas durante los días en que los mexicanos no nos resignamos ante el fallo de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (SCJN) que le abrió la puerta al ánimo de venganza del presidente López Obrador. Más allá, sin embargo, como lo han comentado diversos analistas de fondo, con su fallo la Corte ha abdicado su responsabilidad, abriendo de hecho la puerta a la generación de una tiranía en el país. Por si fuera poco, alimenta el profundo resentimiento del presidente contra algunos exmandatarios, contra los cuales se apresta a montar una franca y abierta cacería en su contra, por encima de toda instancia democrática e institucional.